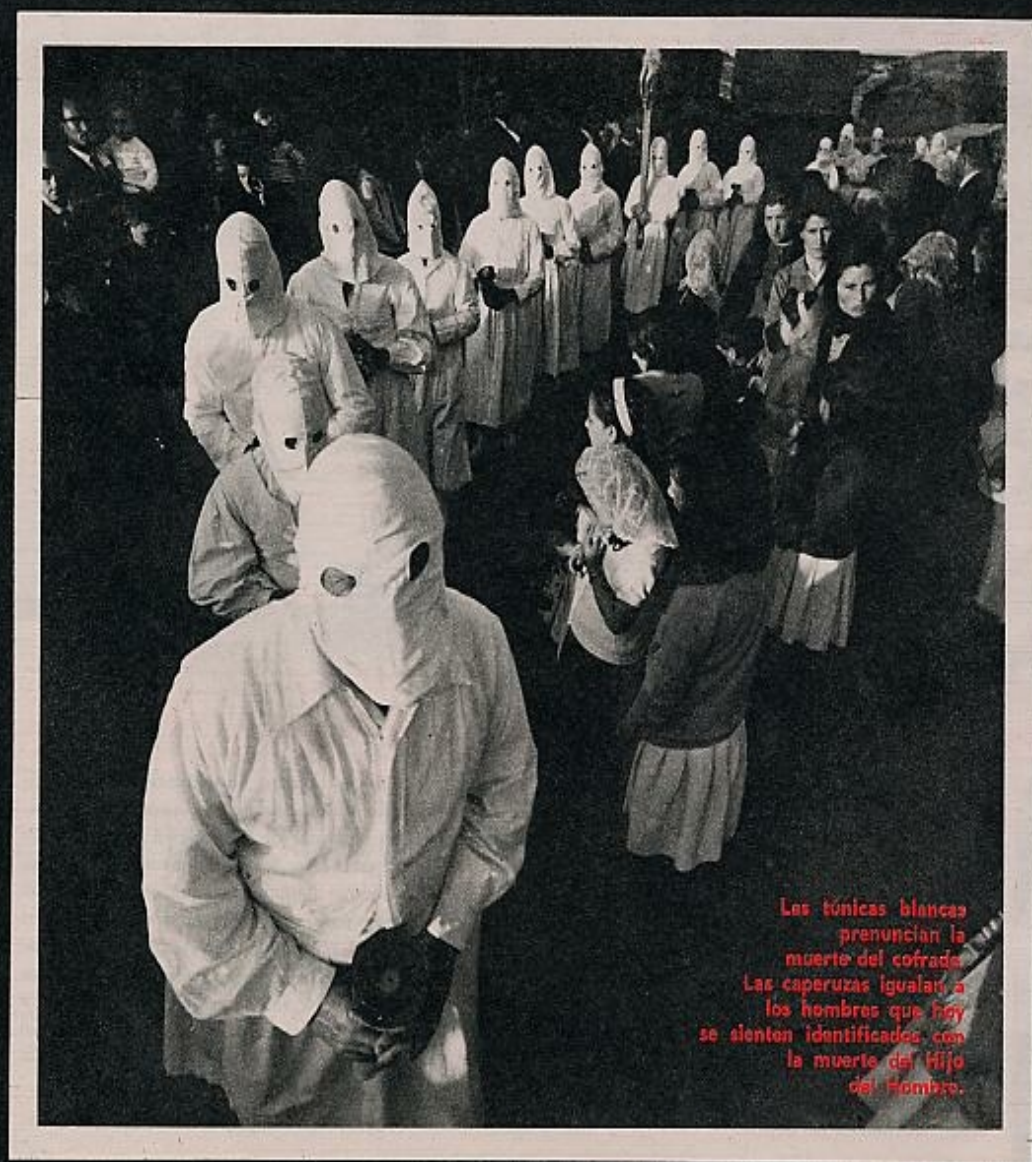


VIERNES SANTO EN BERGIANOS DE ALISTE



Las túnicas blancas
preñuncian la
muerte del cofrade.
Las caperuzas igualan a
los hombres que hoy
se sienten identificados con
la muerte del Hijo
del Hombre.





**Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vio galán que peligroso.**

QUEVEDO

M ha sacado del arcón la mortaja; inconsutil, dice el Evangelio; enérziza, dicen en el valle de Aliste. La extiende sobre la cama matrimonial; la caperuza, sobre la almohada.

Las mujeres de Bercianos, antes de casarse, tienen que tejer la mortaja del marido que es, en vida, su túnica de cofrade. Así se atemperan los ardores de las mozas las tardes consumidas por el sudario y así van imaginando la vida en común que consistirá para ellos en arar, sembrar, segar, arrancar piedra, podar y para ellas en arar, segar, sembrar, a más de amasar, tejer, criar hijos.

Hace 19 años, M. se la presentó por vez primera a J., junto con el resto del ajuar. Tenía 22 años y él 27. Por la ventanilla entra el tableteo despiadado y torpe de la matraca que reclama a los Oficios. Desde el Jueves Santo han muerto las campanas; el bronce ha sido sustituido por la madera.

M. va trasladando desde el cajón del armario hasta la cama sus medias de lana negra, su vestido negro de lino, su toquilla negra de nudos. Entre tanto, J. se viste la túnica despaciosamente, como un sacerdote. M. se desnuda a empellones y el hombre se aprieta los ribones con el cingulo.

SIGUE

El chico de la matraca ha tenido piedad y se ha alejado. El tableteo es, ahora, blando y hasta agradable. La mujer se echa la toquilla sobre los hombros y alisa la cama con la mano renegrida. Se vuelve hacia el marido mientras se ajusta el chal. El, se recoge la capucha sobre la frente. Del techo de madera cuelgan graciosamente racimos de 3, 5, 7 manzanas del tipo doncella. El matrimonio tiene cuatro hijos. Después de entregar el único varón a los frailes del Corazón de María esperaban otro del último parto, pero les llegó una tercera hija. Este es el dolor de esta habitación que ciertas noches se hace explícito, abajo, en torno a los llares, en presencia de los tíos con quienes viven o ante los padres cuando vienen a pasar una velada. M. pasa una mano por la colcha; esta vez, por delectación y un poco resignadamente.

Los tíos están ya esperándolos al amor de las brasas. Sobre la repisa de la chimenea hay una ringlera de cuarterones de jabón casero. Cuatro mitades de cerdo cuelgan sobre la chimenea. La vieja aviva la lumbre con el badil. El tío P. está erecto, en la punta del banco, con sus gafas oscuras y la capa parda, de esclavina adornada con rosetones negros. La llaman «chiva» por una estola que cuelga sobre la espalda hasta la cintura a modo de cola. En ella empleó la esposa nueve libras de lana; kilo y medio para urdir y tres para tapar. P. no saca ya la mortaja desde hace unos años. Como él hay otros diez ancianos a

El «Miserere», semitonado, lento, bellissimo, recorre el campo de Bercianos, del que los campesinos han aprendido su sentido cíclico de la existencia: el grano que muere y que ahora, iniciada la primavera, explota en el verdor de las parcelas. La mujer es como esta tierra, sufrida y constante.



quienes la dificultad de las calles y la debilidad de la vista impiden usar la caperuza. P. perdió además, hace unos treinta años, un ojo, lo cual les obligó a permanecer en Salamanca unos días. Cuenta la vieja que aquella estadia en la capital les hizo amar más al pueblo («aquellas comidas guisadas siempre con cebolla... aquel trajín constante»).

Toma a la niña que duerme sobre el banco y se la ofrece a su sobrina, que ya la muestra el pecho. La niña tiene año y medio y la boquita llena de dientes. M. ha dicho que convendrá destetarla para el verano, que dos años es mucho para el cuarto hijo.

En la mesa hay una fuente con restos de pulpo. En Bercianos se consumen el Viernes Santo 200 kilos de pulpo de media cura compartidos con los familiares que vienen de los pueblos vecinos. La vieja dirá con parsimonia: «Mucho gasto para poca fiesta». Vuelve la ronda de la matraca y salen todos.

miré, vi, quise, cai

A las cuatro de la tarde comienza la agonía de Cristo. Dos cofrades clavan la cruz de roble de quince pies de larga en la piedra horadada que hay en la explanadilla de la iglesia. Las ci-



BERCIANOS DE ALISTE



güeñas blancas, de alas festoneadas de negro, revelan entre tanto sobre el gentío que se reúne en torno. Orientan la cruz hacia el mediodía y colocan la imagen de la Piedad enfrente del Cristo y detrás la urna, con las sabanillas blancas. El puñado de ancianos mantiene entre las manos los hachones de cera y las mujeres —las hijas de María— se agrupan junto a la Piedad con velas y rosarios, algunas con los niños de pecho. Los mozos van tocados con el pañuelo de merino («lo llamamos merino porque tiene más fineza y por ser mejor que estos que solemos llevar las mujeres») y empuñan lanzas de asta de palo y punta de lata, calada y con dibujos. Algunos mozos han vuelto desde Guipúzcoa y desde Alemania para celebrar la Pasión.

Las cigüeñas se abaten sobre los tejados de pizarra gris y, cuando parece que van a perderse en el cielo de Portugal, tornan en redondo dominando el valle, apuntando ahora hacia la sierra de la Culebra que parte el valle de Aliste del de Tera. Al norte del valle de Aliste comienza la zona de Sanabria, que con la de Sayago completan el trío de las zonas pobres de Zamora.

A las cuatro comienza a clamar el cura sobre un púlpito historiado con elementos de la Crucifixión: clavos, lanza, cáliz, martillo, tenazas... que los instrumentos también pecaron. Se advier-

te cómo las venas se le hinchán al predicador y si los montes no se parten, se encogen los pechos a medida que el cura describe la agonía de Cristo o cuando imperiosamente ordena a los otros dos ministros que quiten, en primer lugar, la corona de espinas; en segundo lugar, el clavo de la mano derecha; en tercero, el de la izquierda, y por fin el de los pies. Recogidos los brazos practicables, el Cristo se entrega en brazos del sacerdote. Un golpe de viento levanta los paños pudorosos y la desnudez de Cristo es entera. Los ministros presentan el Hijo a la Virgen, que tiene los brazos extendidos y le transportan blandamente hasta la urna. Igual que un hombre. Muerto ya. Los cofrades cobran su plenitud igualados a Cristo.

De la iglesia parte un caminillo que sale en seguida del pueblo, paralelo al regato de la Fuente del Cura, donde lavan las mujeres la ropa, y que tuerce luego para subir hacia el Calvario. Por aquí echa andar el Entierro con la cruz de plata en cabeza. Esta cruz la guarda en su casa el mayordomo de turno de la Cofradía. Detrás un pendón morado y luego los cofrades encapuchados, en hilera, de uno en uno; los cofrades ancianos, con las capas chivas, de uno en uno; las mujeres enlutadas, de una en una; y el acompañamiento, de tres en fondo.

Comienza el Miserere, semitonado, lento, solemne. El cura canta en latín y el pueblo responde el castellano:

«Ya ves que en iniquidades
fui concebido, Señor.
¿Qué quieres de un pecador
que se concibió en maldades?».

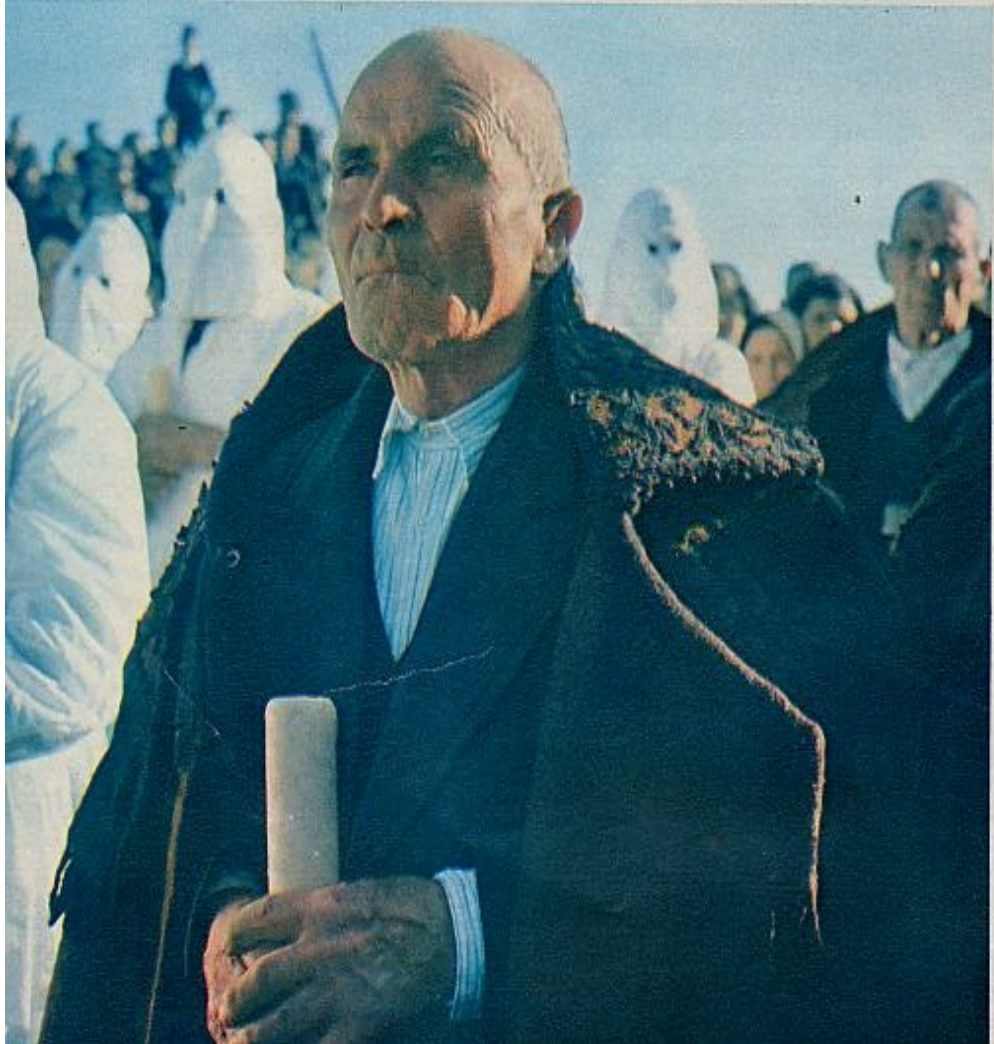
Canta Eugenio Martín y su hijo Jeremías, el alcalde. Canta Miguélin y David González, el carpintero, y Daniel, agricultor, y el tendero, Tomás Fernández, y Bernardino García y Tomás Ferrero, Domingo Caballero, Mariano Rivas y la hilera de mujeres donde va Catalina, viuda de Cirilo Pérez, seguida de María Mata.

«Mcrezca ya tus piedades
quien en culpa se formó
si esta hechura se quebró;
templa tus ojos airados
pues en males y en pecados
mi madre me concibió».

Bercianos pide perdón por sus pecados: el de la mili, el de una tarde de mayo sobre la pradera de la era cubierta de lilas donde el cielo se posa esplendorosamente, el del afán por el cacho de patatas que habrá que partir a la **SIGUE**



Los ancianos no soportan la caperuzas: el camino es difícil y la vista débil. Visten las capas «chivas», que aparecen también en los entierros y días festivos. Los casados jóvenes soportan el Cristo y la Urna.



muerte del padre, o el de haber consentido en dar un chorizo a un turista un día de Viernes Santo.

«Miré, vi, quise, caí».

Sin respetar los cánticos, un anciano zarandea un cepillo de la Cofradía: «Limosna para el Santo Entierro de Cristo —hermano—, el que quiera hacer bien —por el amor de Dios—, que Dios se lo pagará».

El campo está hermoso de sol. En la vega amarillean las flores de los nabos, verdean las parcelas sembradas de berzas y forraje. El Entierro sube, dejando a la derecha el hondo de las Cortinas de Valentina, partidas por cercas de lonjas, y el alto del Papacuerdo, donde se recortan los chiqueros de las ovejas que aquí llaman cancillares y que hay que trasladar todas las noches, con la cabaña del pastor, para abonar el campo. A la izquierda, el término de los Caballeros. En los cortes de la carretera se descubre la villanía del campo de Bercianos, de capas de piedra.

Todo el camino hasta el Calvario está jalonado de cruces. Quince cruces que son paisaje.

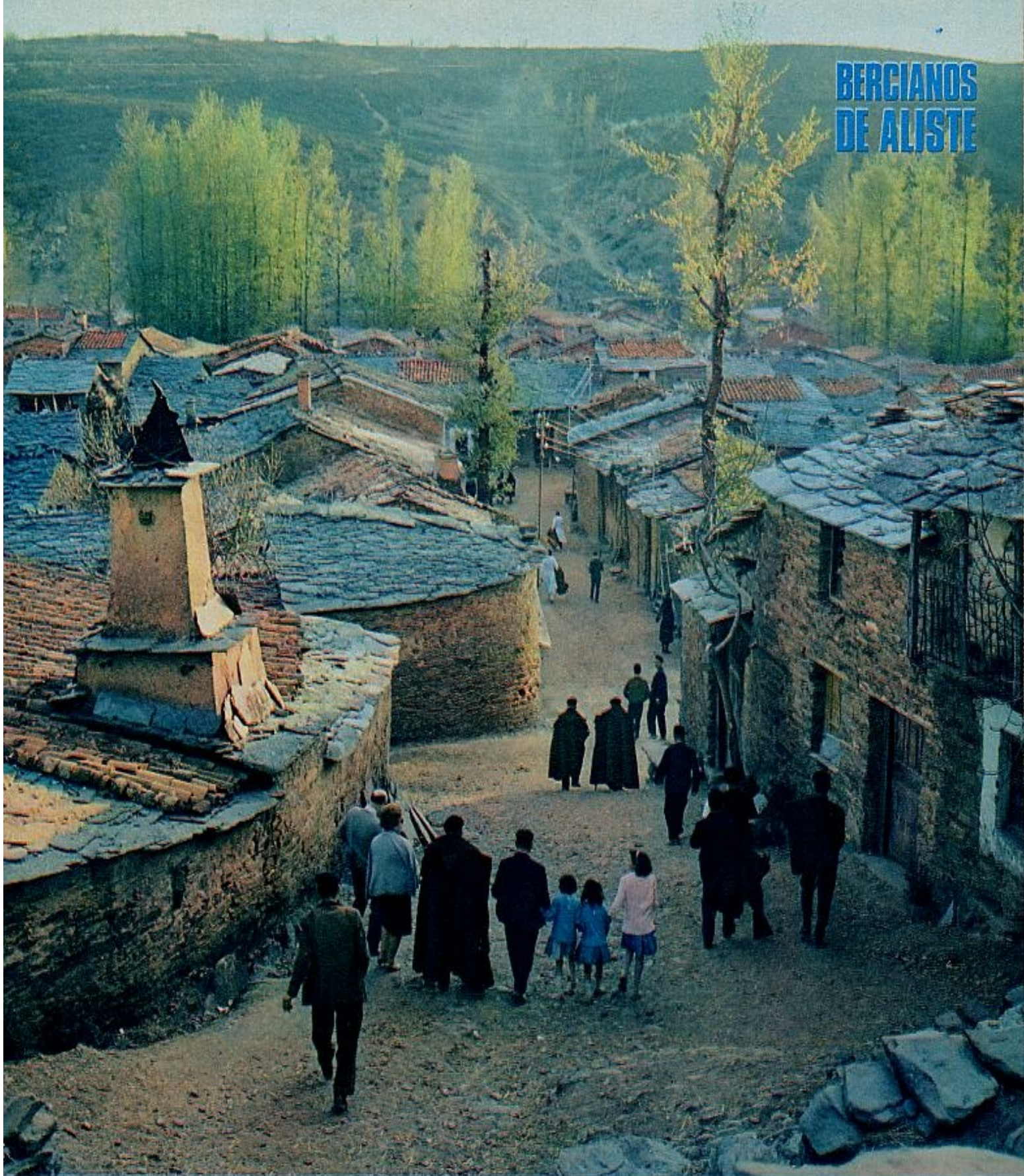
La comitiva ha llegado al Calvario. Es la parte cimera del término. Los de Bercianos suelen preguntar al forastero: «Es un Calvario hermoso, ¿verdad?». En verano, el valle lo está mucho más con los árboles vestidos de hoja, aunque el río, corto de vida porque nace en San Pedro de las Herrerías y muere en el Esla, cerca de Ricobayos, se apura hasta tornarse regato. Es abundoso en cangrejos.

La cruz del centro se diferencia de las de los ladrones porque éstas tienen torcido el brazo transversal. Para ganar la indulgencia plenaria es preciso pasar por detrás de las tres cruces. La indulgencia fue concedida por Paulo III, en 1535, a los penitentes de Bercianos. Inocencio, que se casará este año después del verano y que para el próximo será cofrade, una vez pagados los veinte duros de entrada, fue el primero que me habló de esta bula: «Está escrita en un becerrillo y con las letras muy bien moldeadas, doradas. Yo no la he visto, pero la tiene el señor cura. Diz, según me ha contado mi padre, que la consiguió un tal arzobispo Antoniles que descendía de nuestro pueblo y que era amigo del Papa y la trajo un propio de Roma, y diz que el propio se confundió y la llevó hasta Bercianos de Valverde. En una ocasión, la estaba barriendo la criada del señor cura tomándola por un papel sin valor, y si no llegan a verlo nos quedamos sin ella».

Yo la he visto en la casa del cura, sobre la mesa del comedor, cubierta con un hule estampado con un mapa de España. Después de una introducción sigue: «Hodie sanctissimus in Christo Pater et Dominus Paulus divina providentia Papa tertius... ad supplicationem nostram et ob Christi passionem memoriam... universis et singulis Confratribus Confraternitatem Disciplinatorum seu Sanctae Crucis, aut Penitentiae nuncupatorum utriusque sexus qui in die Veneris Sanctae majoris hebdomadae processionaliter se disciplinari contigerit, seu qui cereis, aut aliis luminaribus processionem ipsam associaverint vere penitentibus, et confessis seu confitendi propositum habentibus omnes et singulas plenarias et alias...».

Así, pues, la procesión va pasando por detrás de las cruces para ganar la indulgencia. En torno a la urna donde yace el Cristo se hinca de rodillas la comitiva y rezan cinco Padrenuestros a las cinco llagas. Comienza el camino de vuelta

BERCIANOS DE ALISTE



Bercianos surge de la piedra que se descubre en los cortes de las laderas, en las desolladuras de los caminos. Aquí muere una carretera de tormento, casi inédita.

hacia la iglesia entonando de nuevo el Miserere.

en este valle de aliste

No estoy seguro de que el viajero sepa dónde se encuentra exactamente. El viajero sabe que

los últimos kilómetros de carretera han sido un tormento y que el pueblo con que se ha topado sube apuntándose hasta la iglesia y advierte que sus casas son de piedra apilada y que es la misma piedra que ha visto en las descarnaduras de las laderas y en las márgenes de la carretera, y que con ella se han construido los tapias, las cercas de las tierras, los rodrigones de la noria,

las defensas de los árboles, el puente sobre el río.

No quisiera que el viajero se limitara a unas consideraciones estéticas, especialmente en estos momentos propicios, en que la tarde transcurre con la solemnidad del bellissimo miserere que baja por el camino del Calvario.

En Bercianos muere una carretera de **SIGUE**



El Santo Entierro sale de la iglesia y sube hasta el Calvario, la parte cimera del campo de Bercianos, donde el pueblo se hinca de rodillas y reza cinco Padrenuestros a las cinco llagas de Cristo.

tormento. Las carreteras que parten de Madrid, tarde o temprano, terminan de este modo. A veces, llega hasta aquí el camión del pescado. El pescado se trueca por huevos. A veces, llega la furgoneta con paños. Comienzan a trocarse los paños por alubias y garbanzos, porque han comenzado a extinguirse los telares. No obstante, se sigue tratando el lino, curándole en agua de río, cociéndole con ceniza para comunicarle blancura. Las mujeres se pinchan la raeca en la cintura cuando terminan las faenas del campo y de la casa. La flor de lino se destina para la ropa y lo basto para los costales de harina y para los sacos de cereales. Antes, las hilanderas se reunían ciertas tardes en alguna casa y celebraban una fiesta. Cada una aportaba su parte de chorizo, de huevos o de fruta. Como se ve, ha habido algunos cambios en las costumbres.

En Bercianos nunca circula el dinero y nadie lo lleva en el bolsillo. Los dos tenderos cobran en especie, con lo que hacen doble negocio, pero venden poco. Los campesinos afilan el oído cuando van al mercado de Fonfría o de Alcañices para saber a cuánto están los huevos. Por rumores conocen el mercado nacional. Este año se han vendido aquí a dieciocho pesetas las alubias que cuestan en Madrid a cincuenta. Al herrero se le pagan los servicios de aguzar las rejas de los arados de larga lanza a cambio de una venencia anual que asciende a cuatro o cinco alqueres, es decir, arrobas, de centeno.

Se cuece, cada quince días, un pan alto de dos kilos y medio. Por eso, en cada casa se puede ver, junto a la boca del horno, una artesa cubierta con un lienzo. Se hace jabón para el año con el sebo de vaca. No se toma apenas leche ni carne a no ser cuando el alcalde mata una res. La población vacuna de Bercianos es actualmente de unas trescientas vacas de trabajo y mil quinientas ovejas. Cada vecino mata uno, dos o tres cerdos al año, que se parten en mitades y se cuelgan en toda su largura sobre la chimenea para que el humo cure el tocino y el jamón. De aquí se va cortando para el coci-do diario.

El mercado interior sólo se rompe en contadas ocasiones: cuando es preciso comprar un motorcillo de agua o un receptor de radio (aparte de la prensa que recibe el cura, al pueblo no llega más que un «Ya» que suele enviar un capitán de ferrocarriles que descende del pueblo). Para estos casos hay que contar con papel moneda que se saca de mercar algún cerdo o algún becerro. También la contribución se paga en dinero. Solamente doce vecinos pagan más de las quinientas pesetas y los otros noventa, aproximadamente, no llegan a las doscientas. El resto, se encierra en una cajita. Este es el secreto de la economía.

Hay tres molinos de pienso, ya que el trigo hay que llevarle al silo para canjearlo por la harina de la fábrica. Los tres pertenecen a tres sociedades que agrupan a todos los agricultores.

Ultimamente se ha abierto también el mercado de mano de obra hacia el exterior. Actualmente seis mozos y un matrimonio trabajan en Alemania y en Guipúzcoa hay otros diez solteros y cuatro o cinco matrimonios. Creo que un par de chicas «sirven» en Madrid. Estos muchachos traen gabardina y dicen que no pueden sujetarse a la vida del pueblo. Hay una cierta tensión entre ellos y el resto. Uno se decidió este año a abrir un baile en una panera, pero me han confiado que el cura toca al Rosario al poco de comenzar el baile. El receptor de televisión del pueblo no funciona actualmente y la gente está dividida en comentarios; hay quien achaca la rotura al cura y quién

al alcalde, porque la pequeña pantalla amenazaba las tradiciones. Por la carretera que une a Bercianos con Rabanales y Alcañices, por el camino de ocho kilómetros que lleva hasta el ferrocarril, vuelve una juventud rebelde que tiene que claudicar si se queda o marchar definitivamente.

Las noches se desploman quebradas por los gallos; los amaneceres se pueblan de mugidos de vacas. A las ocho, a las nueve, las yuntas salen lentamente del pueblo con el hombre delante y la mujer detrás. Los carros pregonan la dureza de los caminos y en ocasiones se atollan. En invierno las noches son largas y en verano las casas se quedan desiertas. Las estaciones se suceden. Las tradiciones que han surgido de las condiciones de vida se cuidan celosamente por temor a que comience a quebrarse un modo de vida de una validez ya experimentada.

El grano muere como el hombre; el hombre debe morir como el Hijo del Hombre. Se nace y se muere. El pecado de nacer es castigado con esta tierra pizarrosa, poco agradecida. Certo que el cultivo de cereales podría sustituirse por la plantación de frutales y podría aumentarse la ganadería, pero existe un statu quo entre los conocimientos agrícolas, la ignorancia mercantil, el exiguo capital disponible y la conformidad predicada.

Se nace para morir. Por esto la muerte acapara todos los ritos en Bercianos, por esto la mortaja es el traje definitivo. Cuando muere alguien, todo el pueblo debe participar en el entierro, aun materialmente; a causa de esto



no es necesario sepulcros. Por turno, los cofrades tienen que excavar la sepultura y otros dos cubrirla de nuevo. El muerto no se oculta a nadie; se le expone en la iglesia y le ven los niños en el cementerio. Las mujeres se visten su mejor toquilla, como hoy, y como hoy se lucen las capas chivas. Pero sólo uno lleva la túnica enteriza. El cementerio es angosto. Siempre al cavar salen restos de otros que son de nuevo enterrados.

En el grave mes de noviembre la novena de las Animas se celebra con toda solemnidad. Se levanta para ello un esqueleto de madera en el centro de la iglesia y se entonan unos cánticos especiales para estos días de comunión con las Animas. Por boca de las hijas de María suplican los fieles del Purgatorio:

«Por un momentáneo gusto
en tus manos, oh Rey justo,
y en esta prisión caí.
Ay, si fuera por mi suerte
amigos escarmentad.»

Y detrás de cada estrofa retorna el mismo lamento:

«¡Cuán terribles son mis penas!
¡Piedad, cristianos, piedad!».

La asistencia es obligatoria para todos los cofrades, así como a todas las Misas dominicales. Al tendero le impusieron no hace mucho una multa de un kilo de cera —60 pesetas— por no asistir a la Misa, porque había ido a una feria «muy maja». Los ancianos no quieren

beneficiarse de las normas conciliares en materia de ayuno previo a la Comunión.

* * *

El miserere se enajona en el pueblo. La cruz de plata entra en el porche frente a la cruz de madera en cuyos extremos se lee: «Muerte, Juicio, Infierno y Gloria». La urna se deposita en el altar lateral y la procesión termina. Los encapuchados se recogen la caperuza sobre los ojos y vuelven a las casas.

Al anochecer, vuelve el gentío a la iglesia a recoger la Piedad. La Piedad avanza, desolada y vacilante, entre las velas, con las manos extendidas, dando una vuelta completa en torno al pueblo. Cantan solamente las mujeres:

«Quién será el hombre
que pueda
ver sin llorar tanto duelo.»

Los silencios son oscuros y hondos.

«Partid conmigo las penas
de un Hijo tan eminente.»

postdata de una niña y aviso del alcalde

Cuando ya tenía redactada esta descripción del Viernes Santo encontré un cuadernillo de escuela de una niña de doce años, otra mucho más breve y expresiva. Dice así: «Voy a decirte algo de memoria y es que ya se pasó Semana Santa y la Cuaresma y el día de Pascua y salimos a la procesión alrededor de las ca-

BERCIANOS DE ALISTE

lles y que el día de Viernes Santo fuimos a la carrera.

Ahora tendremos misiones para también ganar muchas indulgencias y aprender a ganar el Cielo que es lo más importante porque de nada valdría ser ricos y tener mucha salud y alegría si perdiéramos el Cielo.

En este mundo no vivimos siempre; tenemos que morir y después o Cielo o Infierno según lo que hayamos ganado, queramos o no queramos. Por eso hay que trabajar para ganar lo bueno. Benita Gabella Fernández. Bercianos de Aliste a 20 de abril del año 1960.

Al despedirme, el alcalde me hizo saber que este año han sido designados Hermanos Mayores de la Cofradía del Santo Entierro el gobernador y el delegado de Información, y me recordó que, entre la lista de necesidades de Bercianos, figura la construcción de una escuela nueva, ya que la actual tiene una matrícula recargada: cincuenta y tres niños y niñas para una sola maestra. Luego vendría el teléfono y el arreglo de la carretera. Después, añadió: «Aquí nos tiene en este rincón del Aliste».

A. DE LOS RIOS

(Reportaje gráfico de SANCHEZ MARTINEZ)

